

El proyecto de Conservación y Restauración de San Miguel Ixtla, Guanajuato

Restauradora Renata Schneider Glantz

COORDINACIÓN NACIONAL DE RESTAURACIÓN DEL PATRIMONIO CULTURAL - INAH



Proyecto para *Por la libertad*, 1937.



Hombre caminando.

El presente artículo pretende esbozar las características más relevantes que, a nuestro juicio, hacen del *Proyecto integral de conservación, identidad y desarrollo San Miguel Ixtla*, un caso de reflexión para la disciplina de la restauración. Para situar al lector, cabría comenzar diciendo que el mencionado proyecto forma parte de una determinada política institucional de conservación; el Proyecto Ixtla, junto con el Proyecto de Yanhuítlán, Oaxaca, es ejemplo de una búsqueda conceptual cuyo fin es, a mediano plazo, reelaborar social y teóricamente una de las muchas líneas del trabajo profesional de la restauración dentro del INAH.

Los proyectos de Conservación Identidad y Desarrollo (CID) surgen en la CNRPC tras una serie de autoevaluaciones más o menos exhaustivas, durante las que pudo determinarse que si bien el camino de la restauración institucional había recorrido varias sendas en los últimos 30 años con propuestas importantes y atinadas, en muchos casos, los caminos elegidos eran ciegos y/o se tomaban con una actitud meramente reactiva. De esta manera, varias propuestas habían sido interesantes pero ciertamente, circunscritas al ámbito de las alternativas culturales consideradas populistas. Sin embargo, el problema más grave había sido contar con una visión crítica, carente de propuestas.

Por otro lado, la restauración a nivel institucional se había abocado a la intervención de los bienes culturales que embonaban en parámetros elitistas, monumentalistas y/o de trascendencia Histórico-Nacional (así, con mayúsculas); se había abandonado por completo el patrimonio comunitario, muchas veces modesto pero innegablemente sustancial para nuestro país.

En consecuencia se discutía que, si hasta ese momento se había considerado digno de restaurar (y por tanto de costear) sólo el patrimonio que representaba los grandes pactos republicanos, la pericia de los artesanos mexicanos, o la monumentalidad de nuestro pasado precolombino, había descuidado la decoración de las pequeñas construcciones religiosas de los poblados –por nadie más que por la Institución– “olvidados”, los instrumentos tradicionales de las regiones de la Sierra. Sabíamos lo retórico de las frases pero no podíamos soslayar que había pasado el tiempo y, con él, la degradación de los materiales y el olvido de las tradiciones que a esos objetos estaban asociadas. Asimismo, sabíamos que la etnografía, la antropología social o la etnohistoria se interesaban en estos problemas pero su trabajo, evidentemente, era de otra índole y, precisamente por eso, hablando de “índoles”, debíamos preguntarnos por el carácter del nuestro. ¿En qué consiste la restauración institucional? ¿a qué bienes culturales debe asignarse?

Trabajar los objetos como un proceso

mecánico, suele fallar en su objetivo de dos formas: la primera, restaurando un ser animado, en tanto es manipulado, venerado y alterado por seres humanos vivos también, como si se tratara de maquillar muertos; la segunda y quizá la más grave, es pasar por alto que toda restauración es una reelaboración, y que cuando el restaurador no advierte este hecho, la intervención se ejecuta a “oscuras”. De este modo, la restauración debía implicar dos líneas sustanciales: para quién se trabaja, no para qué, y qué aporta el restaurador en la reelaboración del bien cultural. En suma, estábamos hablando de dos polos o sujetos hasta ahora, inevitablemente, separados: el “algo” vivo que es poseedor del bien, y el “algo vivo” que trabaja y transforma dicho objeto.

Tales cuestionamientos, que evidentemente existen desde hace varias décadas, fueron camuflageados durante años mediante el trabajo de restauración *en* comunidades marginadas del país como si el trabajar en un pueblo perdido le proporcionara al segundo sujeto del proceso una vinculación real con el primero. Faltaba, entonces, el paso necesario para trabajar *con* las comunidades.

Ahora nos parece claro que estamos en ese proceso, y en tal sentido el Proyecto Ixtla es una pequeña propuesta. De ninguna manera puede interpretarse como *la* alternativa, pero afortunadamente las panaceas nunca duran más de lo que duran los breves instantes: de inmediato surgen bemoles o nuevos conceptos. Sin embargo, en este caso nos interesa poner a consideración de nuestro ámbito, de nuestra institución, de sus profesionales y de la comunidad de Ixtla, los pasos que hemos efectuado para que, sin autocomplacencias, los restauradores intentemos insertarnos de verdad en el proceso social al que obligatoriamente debemos entrar.

Originalmente, San Miguel Ixtla fue una localidad de la región Chichimeca. Como en muchos otros sitios del área, durante la evangelización la Iglesia decidió congregar y asentar a grupos otomíes en la población. Esto, con el propósito de que la presencia otomí posibilitara el acercamiento y la conversión de los chichimecas. Una parte sustancial del trabajo evangelizador fue extrapolar las costumbres otomíes y transformarlas en actos y rituales cristianos. De ahí la función de las Capillas Familiares de Ixtla, que reproducían los “cus” familiares de linaje. Así, en estos 26 pequeños templos (la mayoría en ruinas) cada familia realizaba sus ritos de vida y de muerte¹.

Durante el siglo XVIII el Pueblo de Ixtla tuvo un gran auge como sitio en el camino de minas hacia Guanajuato y San Miguel Allende y fue en esa época que se construyeron y pintaron gran parte de las capillas. Sin embargo, con la Independencia su situación estratégica lo hizo

objeto de muchos actos vandálicos y los españoles y los indígenas lo abandonaron. Posteriormente, la Revolución y la guerra de los cristeros provocó que se despoblara del todo, quedando las capillas y sus objetos suntuarios totalmente “a la buena de Dios”. Durante la década de los cuarenta, una serie de pobladores regresó al lugar pero, aunque celebraban fiestas en ellos, ya habían perdido contacto con los templos. Actualmente, Ixtla es un pequeño pueblo de cerca de 70 familias cuya principal fuente de ingresos es el dinero enviado por los migrantes desde los EUA: es un pueblo habitado, entonces, principalmente por niños, adolescentes y mujeres.

Ese es el contexto en el que comenzamos a trabajar en 1997, gracias a una invitación expresa que nos hicieron sus pobladores. En abril de ese año, se realizó un diagnóstico de las casi treinta capillas familiares; se determinó, junto con la comunidad, trabajar al menos cuatro de los inmuebles; dado que se había contemplado involucrar a los alumnos de la Escuela Nacional de Conservación, Restauración y Museografía –ENCRyM– en el proceso, con la intención de formar cuadros con la nueva perspectiva de trabajo, se decidió comenzar en la Capilla *La Pinta*, que por su decoración mural era un caso de intervención interesante y de amplias posibilidades académicas. En mayo de ese año, como práctica académica, 18 alumnos intervinieron la pintura mural del sitio y con la asesoría del área de arquitectura, también, se intervino el edificio estructuralmente. En esas fechas, también se conformó plenamente el Comité de Restauración de las Capillas de Ixtla, cuyo presidente es el maestro albañil que trabaja los propios inmuebles.

Una vez concluida la primer temporada, en julio-agosto de ese mismo año se planeó y realizó la segunda temporada de trabajo en la cual participaron seis alumnos de la ENCRyM. En ella, gracias a la estancia previa en Ixtla, se cimentaron las bases y costumbres del Proyecto que se repiten cada año, más allá del trabajo de restauración *per se*:

a) El grupo de restauración se alimenta gracias a la población local, de casa en casa: así, los estudiantes conocen la forma de vivir de los pobladores y éstos se involucran con el proceso

de recuperación de sus inmuebles históricos; las puertas están abiertas para que conozcan el trabajo que se hace, se les enseña los informes y fotografías que muestran los procesos de restauración, etc.

b) El equipo de restauración se aloja en una de las casas de la comunidad y convive diariamente con la familia que generosamente lo recibe.

c) Se realizan concursos anuales con los niños del pueblo. Hasta ahora ha habido tres (cuento, oratoria y pintura). El objetivo es que los niños pregunten a los adultos y ancianos sobre sus capillas y objetos suntuarios y plasmen el resultado de sus “investigaciones” en la modalidad escogida, pero sobre todo, comiencen a inculcarles la importancia de la salvaguarda de los restos materiales que conforman su pasado y propugnar por una identificación con éstos, es el principal propósito. Los premios que reciben son útiles escolares pagados por el Comité de Capillas, la Delegación Municipal y el Municipio de Apaseo El Grande, jurisdicción en donde se localiza Ixtla.

d) El grupo de estudiantes capacita a un grupo de jóvenes de la comunidad: les enseñan procesos útiles y sencillos de conservación y preservación de pintura mural y de aplanados y acabados arquitectónicos. Tal acción no tiene como fin, únicamente, la preservación de los monumentos en el futuro, sino, al igual que con los niños, generar un vínculo entre los muchachos y su patrimonio. Cabe aclarar que esto sólo se ha hecho en *La Pinta*, que hasta ahora es el único templo que se ha trabajado íntegramente y en cual aún intervienen estudiantes.

d) La comunidad realiza alguna faena comunitaria relacionada con las capillas: limpiar un terreno, transportar la arena necesaria para la restauración de los edificios, etc.

Además de este tipo de actividades, la



comunidad y/o la CNRPC realizan (o han realizado) otras muchas, de entre las que destacamos las siguientes:

1) La CNRPC ha incorporado a sus proyectos CID a economistas, antropólogos y sociólogos que en Ixtla han realizado, por ejemplo, una serie de entrevistas a los ancianos sobre sus tradiciones y valores. Estos datos se piensan devolver a la comunidad en forma de cuentos.

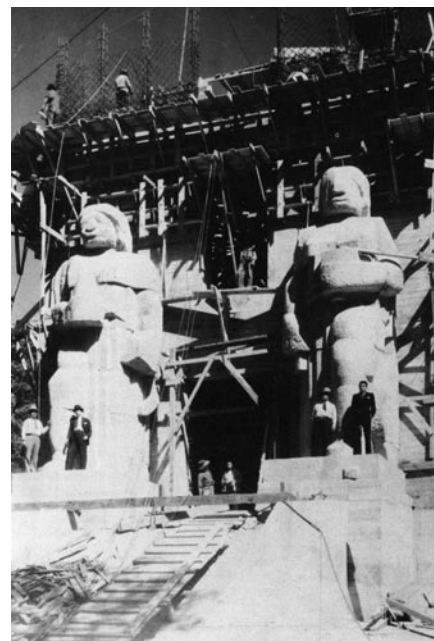
2) Por otro lado, gracias a la contratación de arquitectos y al apoyo económico del Municipio, se estabilizó una capilla que se encontraba en peligro de colapso.

3) En otro sentido, la comunidad ha iniciado la discusión sobre el uso y función que se dará a las capillas rehabilitadas. De hecho, para el caso de *La Pinta*, solicitó la ayuda de Museos Comunitarios del INAH y piensa, asimismo, generar un plan de turismo regional para la región, en el cual no sólo se visiten las capillas sino los campos de tuna y/o el yacimiento arqueológico próximo.

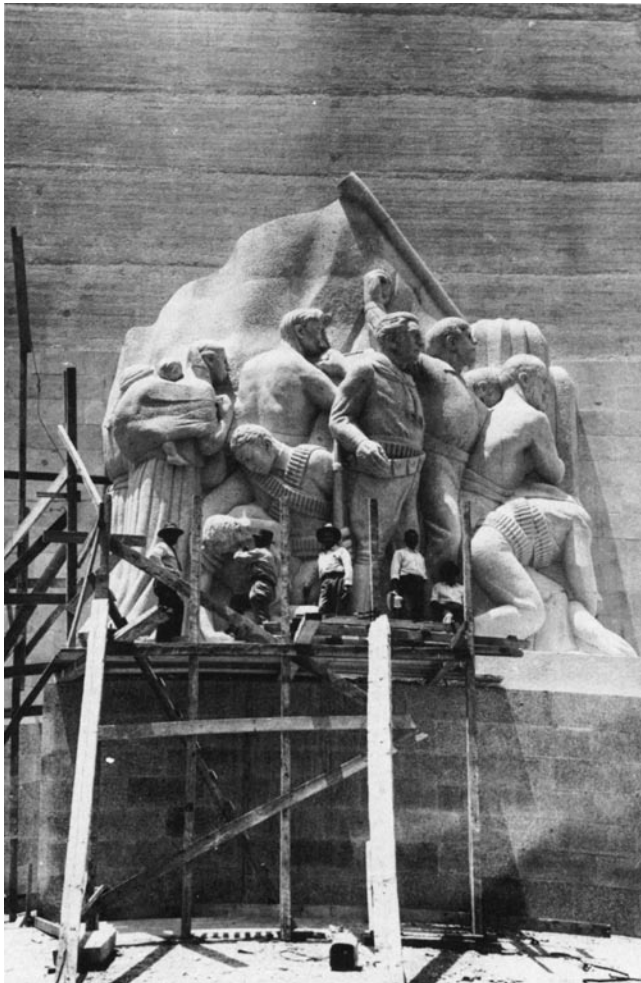
Finalmente, para este año se tiene contemplado instrumentar un taller de oficios en la comunidad y, puesto que varios de los habitantes de Ixtla trabajan en ellas, se piensa involucrar a las plantas aledañas de *Condu-mex* y *Proctor & Gamble* en el proceso de restauración. Asimismo, el próximo concurso



Grupo escultórico El Triunfo. En primer plano el padre campesino. Ignacio Asúnsolo. 1934. Fototeca Nacional del INAH. Fondo Casasola,



Construcción del monumento a Alvaro Obregón.



dentro de cada comunidad y, en su conjunto, en el país. Una posibilidad de cambio es ampliar el término desarrollo, entendiéndolo no sólo desde una perspectiva económica, sino como un fundamento de la identidad local y viceversa y, c) La apropiación personal y comunitaria del patrimonio tradicional de una población representa una apropiación particular de la cultura, y por tanto, manifiesta un cierto tipo de recursos tradicionalmente aceptados para la generación de un desarrollo sustentable, en tanto local.

Finalmente, partiendo de la base de que somos perfectibles, y a la luz de sentencias tan reales como “el restaurador no es economista” o “el restaurador no es sociólogo”, a cuatro años de haberse iniciado, el proyecto presenta varias alternativas que valoramos como una buena experiencia de arranque. Y todo pese a que hoy el trabajo realizado necesita del agrupamiento de sus partes para, ahora sí, una cabal comprensión de eso que entendemos como restauración en y con la comunidad.



El hombre triste, 1945.

anual tendrá como tema la visita guiada, es decir, se les pedirá a los niños que actúen como guías de turistas en la localidad y expliciten el valor de cada capilla y de la región; se pretende, además, que los jóvenes capacitados tengan la opción de trabajar en capillas cuya decoración mural no sea compleja, siendo supervisados por los propios estudiantes.

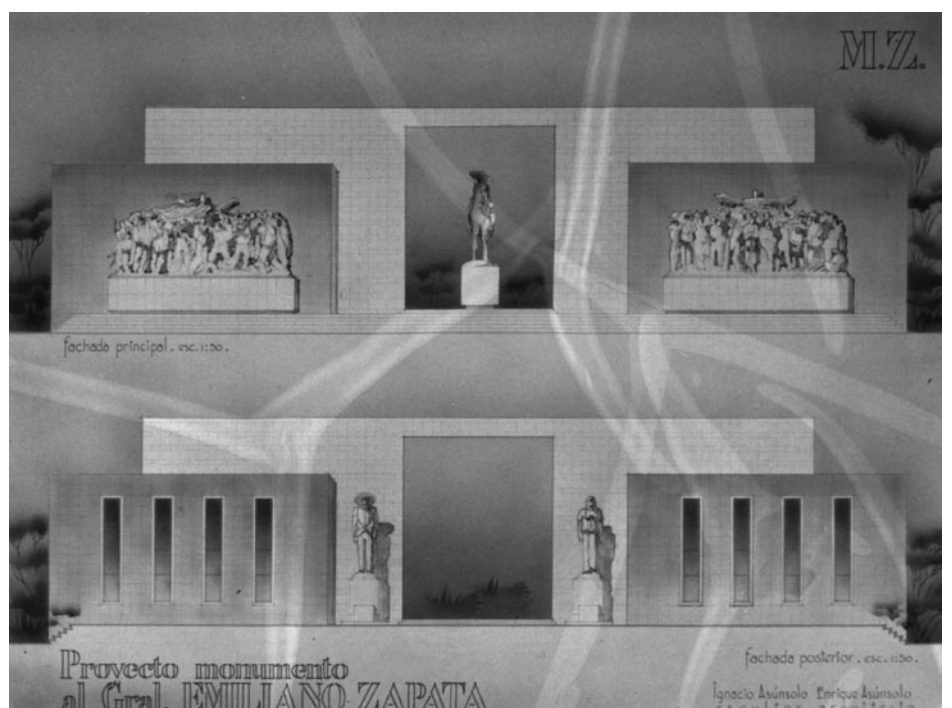
Lo que hemos planteado ha sido sumamente difícil de lograr, ante todo, porque en un principio sufrimos un exceso –diríamos– de vanidad, pensando que nuestra propia formación nos permitiría desarrollar actividades que evidenciaron, después de muchos fracasos, que correspondían a la materia profesional de otras áreas. De tal modo, se han redefinido un par de líneas conceptuales regidas por las dos fuerzas que en este momento participan de lleno en el Proyecto. (Se las ofrecemos al lector considerando que esta Revista no será leída por sólo especialistas de un único tema, y esperando que quizá tales lectores nos puedan ayudar a conformar un marco teórico concreto):

I. La comunidad y la restauración: a) Las comunidades y su patrimonio le añaden valor a la restauración como entidades culturales dinámicas y en desarrollo; b) La restauración le puede dar a las comunidades y su patrimonio un sistema de apropiación de sus valores constitutivos.

II. La comunidad y su patrimonio: a) Los objetos que conforman la herencia cultural de un determinado grupo son, esencialmente, un vínculo entre pasado, presente y futuro, y establecen un sustento emocional equiparable al económico; b) El desarrollo económico local, sesgado y parcial, provoca tensiones culturales

Nota:

¹ Para ahondar más en este tema se sugiere la lectura del libro de Heidi Chemin: *Las capillas oratorio otomíes de San Miguel Tolimán*; Fondo Editorial de Querétaro; México, 1993. S.M. Tolimán es una población en la que aún perviven ritos relacionados con capillas familiares y es un punto de referencia fundamental para nuestro actual trabajo en Ixtla.



Proyecto para el Monumento al general Emiliano Zapata. 1952. Ignacio Asúnsolo en colaboración con su hijo el Arq. Enrique Asúnsolo Barany. Kilometro 32 de la carretera México-Cuernavaca. Fototeca Nacional del INAH. Fondo Culhuacán, 379882.